

John Boswell se ha reducido a la percepción de la homosexualidad masculina, que es la heredera abiertamente del mundo romano y tiene cabida en la tradición literaria latina (pues el libro nada dice de las mujeres y de esa tendencia a viajar imaginariamente a la isla de Lesbos). ¿Cuáles son las dificultades para hablar también en este tema tan «prohibido» como el de la homosexualidad, sobre las mujeres? ¿Por qué no nos está permitido saber como se amaban ellas entre sí, en el silencio de sus monasterios, o en los gineceos a los que el control y el dominio de los señores les obligaba a permanecer? ¿Qué se sabe de ese amor entre ellas? ¿Cómo se amaron entre sí las princesas? ¿Lo hicieron alguna vez? ¿Cuáles son los indicios documentales? Probablemente esa es tarea de otro libro, aún por hacer.

J.E. Ruiz-Doménec

Penelope D. JOHNSON, *Prayer, Patronage and Power. The Abbey of la Trinité, Vendôme, 1032-1187*, New York University Press, New York and London, 1981. 213 pp.

Los grandes linajes feudales construyeron abadías como necrópolis y lugares de asentamiento de sus antepasados fallecidos. Alrededor de esos túmulos, que en el siglo XIV se adornaron con hermosas esculturas ya-centes, se desarrollaron liturgias funerarias cada vez más complejas e interesantes. Los monjes cluniacenses instituyeron a mediados del siglo XI (en la actualidad se piensa con razón que entre 1024-1033) la conmemoración de los Difuntos el 2 de Noviembre y se puso en contacto con la Fiesta de Todos los Santos. Las edificaciones comienzan a partir de entonces. Las donaciones piadosas de los grandes señores seculares hicieron el milagro de levantar en la Cristiandad un «manto blanco de Iglesias», según la metafórica expresión, ya célebre, de Raul Glaber. Todo lo que ocurre *post mortem* alcanza verdadero significado en esta cultura, ritualista y dominada en lo espiritual por el mundo monástico.

Estas consideraciones (que tiene gran tradición en los estudios anglosajones, debido a los trabajos, entre otros, del gran historiador R.W. Southern) forman el telón de fondo de la tesis doctoral de la profesora Penelope D. Johnson que ahora llega a nosotros en forma de un bello libro.

Se trata de un trabajo de gran interés. A partir de una reflexión micro-

histórica —de un caso, aunque excepcional, la Abadía de la Santísima Trinidad de Vendôme entre 1032 y 1187— la profesora Johnson nos introduce en el complejo entramado de la actitud de los aristócratas «feudales» cara a sus planteamientos del más allá, y su idea de la muerte. Interés secundario tiene el hecho de que esta abadía fue objeto de la atención por parte de los condes de Anjou, Godofredo Martel y su mujer Inés (la madre de la emperatriz del mismo nombre). Ambos tíos, por línea materna, del enigmático Fulco *Réchin* (el melancólico) aquel que hizo de sí mismo el objetivo de una de las primeras autobiografías laicas que existen.

Este libro presenta, de acuerdo con las mejores tendencias historiográficas actuales y con una abundante documentación y una cuidada bibliografía, las estrechas relaciones existentes entre un monasterio cluniacense y su entorno social. Por un lado, con respecto al mundo de la alta nobleza, de los príncipes, que son los mecenas de la construcción y los que mantienen con buenas limosnas todo el conjunto. A este particular dedica buena parte del capítulo tercero, que plantea las relaciones del monasterio con los laicos (pp. 69-85). Igualmente se interesa por la organización interna del modelo monástico (pp. 36-59) o de las relaciones con las restantes instituciones eclesiásticas (pp. 103-121), siendo de interés en este sentido, el apartado que plantea las tensas relaciones con el poder episcopal, con Chartres, Angers, Le Mans o Tours, porque, como dice la propia autora «episcopal authority was indispensable for the abbey in confirming its tenure of churches» (p. 123). Finalmente, el orden monástico tendía a expresarse hacia el exterior de su comunidad, contribuyendo a erradicar los errores (herejías, etc.) tanto como imponer nuevas doctrinas morales. Acción muy necesaria y útil. No encontramos en esta tendencia nada de gratuito. El capítulo que la profesora Johnson dedica a la «contribución de la abadía a la sociedad» puede inscribirse en esta tendencia actual de percibir qué existe tras la construcción de las obras de arte. Esta «contribución» la autora la divide en dos grandes apartados (de la que el primero se desdobra a su vez en dos). Por un lado la contribución a las artes plásticas (pp. 131-151) desde la arquitectura a las miniaturas y a la actividad literaria (pp. 151-157). El segundo apartado se refiere a la contribución en el plano social y espiritual (pp. 157-164). La obra termina con varios apéndices, uno referente a las farjas existentes y los demás apéndices son tablas genealógicas, listas de abades, etc.

Obra, pues, de sumo interés para la comprensión del universo monástico de la sociedad feudal. El arco cronológico permite comprender la manifestación de la potencia de ese modelo y su crisis ante el empuje de las novedades doctrinales en el mundo social de las ciudades y la moral de los clérigos. Se lee con interés y resulta sumamente recomendable.

Juan Ruiz Fré